

la libertad os ha de ser devuelta
para gozarla en paz toda la vida;
¡no me causa esa dicha envidia alguna,
ya que tampoco me envidiáis el cielo!»

El siniestro atabal la última hora
designa; los verdugos están prontos;
y partir á Sombreuil vióse sereno.
—¡Ah! La hermana no estaba allí presente
para á su hermano libertar,—y en mártir
el héroe convirtióse. Confortándole
con su palabra y con su ejemplo santo,
del templo desterrado, en su suplicio
un obispo siguióle y así pudo
el vencedor mostrar á sus rebeldes,
al lado de un soldado fiel al príncipe,
muriendo, á su Dios fiel, un sacerdote.

III

¡Ah! ¡Vosotros por quienes se ha vertido
la sangre expiatoria, bendecid
al Señor, prorrumpid en alabanzas
al dichoso Sombreuil; él, que á lo alto,
de tanta gloria iluminado, sube,
no necesita cánticos de duelo!
Desterrados, por fin, á vuestra tierra
á devolvérseos va; por fin, cautivos,
la libertad se os muestra para siempre;
van á abrirse por fin vuestras prisiones,
por fin rómpense ya vuestras cadenas;
¡cantad!, ya terminó vuestro destierro.

En efecto, se abren con ruido
de las mazmorras las pesadas puertas,
aparece flotando un estandarte

ensangrentado; jefes y guerreros
en tropel lo rodean, invocando
la Libertad. Y dicen los cautivos:
«¡Cómo tan pronto en libertad nos ponen!...»
Y apresuradamente añaden otros
que se han vuelto mejores los verdugos.
«¡Adiós, adiós; bastantes sufrimientos,
—les gritaban,—adiós; en nuestra Francia
volveremos á vernos todos libres!»
Mas no era allí donde debían verse.

Pronto desde la cárcel, do los presos
en oración estaban, se oye un sordo
estallido, que el eco repercute;
¡eran sus generosos vencedores
que, cumpliendo su pacto, á sus hermanos
la libertad volvían!—Sin turbarles,
sorprendió á los proscriptos tal ruido;
ninguno de ellos pudo darse cuenta
de que así las promesas se burlaran;
ellos á los soldados les decían:
«¡Vuestra fe nos protege!» Mas, por toda
contestación, un fúnebre cortejo
los llevó hasta unos cuerpos humeantes.

Siguió la noche al día, éste á la aurora,
y ¡ay!, para ir á la muerte, atravesando
el casco antiguo, los proscriptos, crédulos,
pasaban todavía ante la vista
del espantado pueblo.—Cada uno
contaba á sus hermanos de martirio
las desdichas sufridas; y así, todos,
sin miedo y sin orgullo, sin protestas,
sucumbieron, tan sólo lamentándose
de que un perjurio fuera necesario
para inmolarles como prisioneros.

A repetidos golpes, las encinas
 derriba el hacha. El cazador cobarde,
 en el antro ignorado por el sol,
 sorprendiendo su sueño con cadenas,
 al león estrangula lentamente.
 Por largo tiempo, en la indefensa tribu,
 se hizo carnicería; á su agonía
 —cómo una viuda, tras torturas largas,
 vió en otro tiempo, uno después de otro,
 morir, al pie de los impuros ídolos,
 sus siete hijos—asistió la Francia
 del verdugo triunfante cual juguete.

En esto consistían las virtudes
 del Senado que alaban; el espíritu
 fatídico del mal, se sonreía
 mientras lo iba creando; mas llevaba
 aquel gigante cuerpo de cien brazos,
 —fuerte por nuestro espanto solamente,—
 su destrucción dentro su seno mismo,
 y el coloso de hierro disolvióse
 en el impuro cieno. La anarquía
 cree mirar sus obras duraderas
 mientras todo se cambia; mas no puede
 tal Pigmalión, en sus trabajos fútiles,
 infundir vida á los horribles ídolos
 que él mismo se forjó para adorarlos.

IV

Dicen que, en nuestros días, van al sitio
 fatal, do aquellos bravos sucumbieran,
 para aquellos verdugos implorando
 la indulgencia del cielo, los noveles
 soldados, orgullosos de sus armas,

las vírgenes sonrientes y los viejos
 que, encorvados, avanzan poco á poco.
 Allí ninguna voz venganza pide;
 sólo se oye la voz de penitencia;
 y entre aquellos bretones tan ancianos,
 testigos de tantísimas infamias,
 el peregrino que, con ojos húmedos,
 á las gloriosas víctimas evoca,
 ¡es un mártir él mismo muchas veces!

Febrero, 1821.

ODA QUINTA

LUIS XVII

Capeto, despierta.

I

En aquel tiempo, las doradas puertas
 del cielo se entreabrieron, descubriéronse
 del santo de los santos palpitante
 los consagrados fuegos;
 los cielos un momento despejados
 brillaron fulgurantes, y veían
 los elegidos una joven alma
 acercarse escoltada por dos ángeles
 á los serenos pórticos.

Era un hermoso niño
 que de la tierra huía;
 sus pupilas azules reflejaban
 de la desgracia la profunda huella;
 sus dorados cabellos
 rodeaban sus pálidas facciones,
 y las celestes vírgenes,
 con sus festivos cánticos,
 su cabeza ceñían
 con palmas del martirio
 y la corona de los inocentes.

II

Oyéronse unas voces
 decir en las alturas:
 «Joven ángel, Dios mismo se sonríe
 al ver tu ingenua gloria;
 ven y vuelve á sus brazos, y de ellos
 no salgas ya jamás, y del Altísimo
 los que entonáis eternas alabanzas,
 arcángeles, profetas, serafines:
 ¡inclinaos, porque es un rey quien entra;
 cantad, porque es un mártir!

»—¿Dónde he reinado entonces?—preguntaba
 la joven sombra.—Soy un prisionero,
 pero no un rey. Ayer dormía en el fondo
 de una sombría torre. ¡Oh! Decídmelo.
 Señor, ¿dónde he reinado? ¡Ay! Mi padre
 murióse de una muerte bien amarga;
 Dios mío, sus verdugos
 de hiel me han abrevado; soy un huérfano;
 vengo tan sólo en busca de mi madre
 que he visto en sueños en el paraíso.»

Los ángeles decían:—«Te reclama
 tu Salvador. Tu Dios, del ciego mundo
 tu alma ha rescatado.
 Escapa sí de la insensata tierra
 donde la cruz es rota;
 do descende el inicuo regicidio
 más allá de la muerte;
 do el asesino, ávido de horrores,
 reyes buscando en ellas,
 va removiendo tumbas.

»—¡Qué! ¿De mi larga vida
 el resto ha terminado?—
 decía él,—¿todas mis desventuras
 al fin sufrí? De este sueño celeste,
 ¿es cierto que mañana á despertarme
 no vendrá el carcelero?
 Cautivo, por el fin de mis torturas
 he orado; ¿al fin querrá Dios ampararme?
 ¡Oh! ¿No es un sueño esto? ¿Mis cadenas
 Él ha roto? ¿De hallar mi último día
 la ventura he alcanzado?

»Vosotros no sabéis poco ni mucho
 cuál era mi desgracia. Cada día
 y cuando yo lloraba
 no tenía una madre que á mis gritos
 cantara y á mi llanto sonriese.
 De un castigo sin fin lánguida víctima,
 cortado de mi tronco
 cual un tierno retoño, fui bien joven
 proscripto, ignorando aún qué crimen
 cometiera en mi cuna.

»Y escuchad; sin embargo, en mi memoria,
 débiles y lejanos,

hay recuerdos felices, precursores
de estos tiempos de espanto. Oía en sueños
sordo rumor de gloria, alegres gentes
cerca de mí velaban, mas un día
desapareció todo
en misterio sombrío;
ví huir mi porvenir, y ya en la tierra
fui solamente un niño sólo y débil
y ¡ay!, ¡enemigos tuve!

»Ellos dentro unos muros funerarios
me enterraron en vida, y entregándose
á su llanto, mis ojos no pudieron
ver más la luz del sol; pero vosotros,
oh ángeles del cielo, hermanos míos,
vinisteis á menudo á visitarme
en mi sueño. Agostáronse mis días
puestos entre sus manos sanguinarias;
mas los malos son siempre desgraciados;
¡oh, Señor!, como ellos, no seáis sordo
á mis ruegos, pues vine
á rogaros por ellos.»

Respondieron los ángeles: «El arca
ante tí se descubre,
síguenos ya; sobre tu hermosa frente
pondremos una estrella.
De los querubes encarnados, toma
las azuladas alas.
¡Tú vendrás con nosotros
á mecer en su llanto al pobre niño,
ó en su morada ardiente
con luminoso aliento
á rejuvenecer los viejos soles!»

III

Cesó el coro de pronto, y escucharon
los elegidos; sus azules ojos
enternecidos por ardientes lágrimas
humilló el nuevo ángel,
y en lo profundo del callado cielo
paráronse los mundos
y desde el infinito
habló la voz eterna:

«¡Oh rey!, de las grandezas
humanas te he guardado yo alejado;
tu refugio buscaste
en la cárcel del trono;
hijo mío, bendice tu infortunio;
la esclavitud suprema de los reyes
no has conocido tú; tu frente, al menos,
con la diadema no se ha ensangrentado
si tus brazos lo están por las cadenas.

»¡Niño, te has encorvado bajo el peso
de la vida, y, no obstante, rodeada
estaba ya tu cuna
de esperanza y de envidia!
¡Ven; tu mismo Señor tuvo en la tierra
sus divinos dolores, y mi Hijo,
rey como tú, de espinas coronado,
llevó el cetro de caña!»

Diciembre, 1822.

ODA SEXTA

EL RESTABLECIMIENTO
DE LA
ESTATUA DE ENRIQUE IV

Accingunt omnes operi, pedibusque rotarum
Subjiciunt lapsus, et stupea vincula collo
Intendunt. Puere circum innuptæque pullæ
Sacra canunt, funemque manu contrisgere gaudent.

VIRGILIO.

I

Todos estos gigantes monumentos
de cien reyes gloriosos esperanza,
yo veía elevarse
de los tiempos en épocas lejanas.

Después miraba cual se deshacían
las frágiles imágenes
y caer hechas polvo las efigies
de aquellos semidioses también frágiles.

Tu estatua recóndita, Alejandro,
un pescador obscuro del Pireo
del Partenón derriba
á lo largo del santo pavimento.

Y los primeros rayos de la aurora
naciente, en el desierto todavía,

vanamente preguntan
del templo de Memnón á las ruinas.

¿En su soberbio espíritu,
que un bronce inanimado
los hiciera inmortales
han pretendido acaso?

Tal vez mañana el tiempo habrá escondido
en su veloz carrera,
los restos de su altar imaginario
bajo la verde hierba.

A su vez, el proscrito,
de su ídolo puede hacer el cambio;
del alto pedestal del Capitolio
Sila destronó á Mario.

¿Quién será que se oponga á los ultrajes
del azar insensato?
De la afrenta que irrita á Teodosio,
como Demetrio, se sonríe el sabio.

Con todo, las imágenes de un héroe
augustas y queridas,
heredan una parte del respeto
que á su virtud rendía.

En los campos que cubren
los templos por Tiberio derribados,
domina todavía
la sombra de Trajano.

Muy á menudo, cuando
en las ciudades se extendía el miedo
en el horror de la civil discordia,
al vocerío del revuelto pueblo,

un héroe de impertérrita mirada
en el inmóvil mármol respirando,
detenía de pronto
al faccioso asustado.

II

Pero ¿cómo? ¿Es que entonces están lejos
de nuestra historia aquellos tristes días
en que París, sobre su propio príncipe,
á levantar su mano se atrevía?

¿Cómo á aquellos ingratos,
de Enrique el noble aspecto,
su nombre, sus virtudes, su memoria,
desarmar no pudieron?

¡Qué es lo que digo! Su adorada estatua
de bronce destruyeron ellos mismos,
y la extraviada horda
mutilaba á aquel héroe caído;

y, no obstante, el asilo de los muertos
con sacrílega mano profanando,
pedían á la arcilla
de sus frías facciones el retrato.

¿Es que tal vez ansiaban

una imagen más viva
del héroe, cuyos nobles beneficios
pagaron con su ira?

¿Querían, reprobando
sus criminales actos,
satisfacer nuestros nublados ojos
alzando un nuevo mármol?

No, sino que era demasiado poco
haber roto su imagen en tumulto;
á más, quería destrozar su rabia
su ultrajado sepulcro;

así el tigre, la calma del desierto
turbando con selváticos rugidos,
pretende devorar, jugueteando,
la sombra del cadáver que ha roído.

Sentado junto al Sena,
á mi dolor amargo contestaba:
«Del Sena, todavía,
á Ivry bañan las aguas;

»han pasado mis ondas
«donde, de nuestros padres en los tiempos,
el semblante de Enrique
alzábase severo;

»jamás veremos la adorada imagen
«de un rey, á quien la muerte arrebatara
del trono y de la tierra
tan presto para Francia;

»¡iremos á la lucha
sin saludar á Enrique,
y vendrá el extranjero á nuestros muros
buscando á un héroe que será invisible!»

III

¿A dó vais? ¿Qué ruido
nace, crece y avanza?
Signo feliz de nuestros reyes, ¿quiénes
esas banderas alzan?

¡Gran Dios! ¿Qué masa es esa, que parece
en su inmensa carrera,
de sus pasos al peso,
pulverizar la tierra?

¡Oh, responded!... ¡Oh cielo! ¡Es él! Admiro
ya su cabeza noble,
de su conquista satisfecho, el pueblo
repite á coro su querido nombre.

¡Lira mía! En el público entusiasmo
cállate; tus canciones, ¿qué serían
si Francia entera canta prosternada
á las plantas de Enrique su alegría?

Por mil brazos tirado, avanza y rueda
el pesado coloso.

¡Ah! ¡Volemos, juntémonos
á esos esfuerzos nobles y piadosos!

Entre la alegre multitud, ¡qué importa

que mi brazo se pierda!
De lo alto de los cielos
Enrique me contempla.

¡Todo un pueblo ha ofrecido
esta estatua de bronce á tu memoria,
caballero sin par, de los Bayardos
y Duguesclin noble rival en glorias!

Recibe, sí, esta prueba
del acendrado amor del franco pueblo;
tu estatua la debemos á la dádiva
de la viuda y al óbolo del huérfano.

¡No lo dudéis! El paternal aspecto
de esta imagen querida
hará nuestras desgracias menos grandes,
más dulces nuestras dichas.

Alabad, ¡oh franceses!,
del Señor los designios misteriosos,
porque veis á un rey justo
y veis á un francés más entre vosotros.

De ahora en adelante,
al volar á la gloria,
vendremos á buscar ante tus ojos
la luz de las victorias;

Oirá Enrique nuestros juramentos
y, al contar sus virtudes tan queridas,
no habrá de preguntar el hijo al padre
cómo el rey sonreía.

IV

Confundid vuestros cánticos felices,
¡oh jóvenes amigos!
¡Confundid vuestros pasos jubilosos,
danzad al rededor de este recinto!

Enrique, los ingenuos arrebatos
benedicirá de la alegría vuestra,
puesto que en sus facciones
su bondad está impresa.

Al lado de los vanos monumentos
del tirano, que tras de largos siglos
acaban los trabajos
de un pueblo de su yugo redimido,

¡qué hermoso es este bronce,
donde le place á Francia
ver de un rey paternal el noble gesto
y la dulce mirada!

Que de la abyecta Persia
el conquistador bravo,
á frágiles metales
de legar sus facciones fatigado,

de su loco delirio
en un acceso grande
con imponer al Atos
sus formas, amenace;

que un Faraón cruel, en su demencia

mande cubrir, soberbio,
de su sepulcro la mortal ruina
con obelisco inmenso;

su nombre muere, y pronto al extranjero,
en sus llanuras áridas perdido,
la sombra colosal de las Pirámides
es del orgullo el solo beneficio.

Mas si un día (alejemos
todo triste presagio)
los golpes, todavía vencedores,
de la suerte ó los años,

de nuestro amor rompieran
el sencillo y modesto monumento;
¡aún vivirás, Enrique,
dentro de nuestros pechos!...

Esto, á pesar de que las mudas moles
de la del Nilo abrasadora orilla,
del mundo inútil fardo
guardando de cien reyes las cenizas

sólo del tiempo y de la muerte el curso
atestiguan, y son, ante los ojos
del sabio emocionado, de una tumba
la ruina tan sólo...

Febrero, 1819.

ODA SÉPTIMA

LA MUERTE DEL DUQUE DE BERRY

El homicidio, con mano violenta,
rompe los lazos más sagrados, la
Muerte viene á arrebatár al joven
que está en su apogeo, y la desgra-
cia se acerca como un enemigo as-
tuto en medio de los días de fiesta.

SCHILLER.

I

De una embriaguez loca
moderemos, mortales, los transportes;
los pasos desde el júbilo á la pena
son sumamente cortos;
la muerte su pesada y fría mano
pone con gusto encima de las frentes
de flores coronadas.
Mañana, prosternándonos humildes,
tiznados de ceniza,
el recuerdo fugaz de nuestra fiesta
nos hurgará como un remordimiento;
nuestros juegos de ahora irán seguidos
de sepulcrales pompas,
y es porque entre nosotros, desdichados,
los himnos saturnales
son el prelude de los himnos fúnebres.

II

Huye de los banquetes;
á tu alegre delirio,
¡Paris, triste ciudad, concede tregua!
Dirige tu mirada
al circo do á los sonos de la lira
se juntan los prestigios de las artes.
¡Interrumpios, coros!
¡Cesad, danzas ligeras!
¡Cambiad por antorchas funerarias
esas antorchas puras,
esos fuegos brillantes!
Dentro de este recinto,
junto á un sangriento lecho mortuorio,
del sacerdote oigo la voz, que tiembla
la oración recitando de los muertos.

Bajo este artesonado
que un día estremeciérase
del júbilo á los gritos,
cerca del lecho donde un moribundo
extendido suspira, de una augusta
familia, en desconsuelo indescriptible,
esparcido el cortejo estoy mirando.

Reza postrado un padre;
un hermano solloza sin sosiego;
y la hermana no tiene ni una lágrima
para verterla en su dolor sombrío,
porque tantos reveses, sucediéndose
desde su edad más tierna,
secaron en sus ojos,
por varonil valor siempre animados,
su manantial de lágrimas.

Encima un cadafalco, de un Senado
sanguinario á los gritos,
cual una reina pereció su madre,
y su padre cual héroe. Entre cadenas
vió morir á su hermano, mas no pudo
hallar verdugos para ella. Y cuando
la fuerza de la liga de los reyes
sus cadenas rompió, por largo tiempo
á muy remotas costas
huyó de estas orillas desoladas.

Tras de tantas miserias,
ha regresado á Francia, y allí ha visto,
al volver al palacio de sus padres,
que aún no era completo su infortunio.

Más allá hay una esposa. ¡Oh! ¿Quién pintara
sus temores, su fuerza, sus cuidados,
su asiduo amor? Mas ¡ay!, sus tristes quejas,
¿quién contará cuando se habrá perdido
toda esperanza? El regocijo nuestro
cuánto era, ¡oh virgen de Sicilial,
cuando Berry, no ha mucho,
enlazaba su mano
noble á tu mano dócil.

¿Debías, pues, princesa,
llegando á estas orillas, ver tan pronto
seguir de la viudez el manto negro
del Himeneo dulce, al velo casto?

Berry, cuando nosotros
tu apacible conquista celebramos,
al dormido dragón los cantos nuestros
despertaron; gruñendo, la Anarquía
levantó su cabeza,
y hasta el infierno mismo
por ello estremeciése.

Ella lanza un rugido; de repente,
de en medio de la sombra,
Clément profirió gritos funerarios
y Ravillac agita sus cadenas;
y desplegando el monstruo
sus dos lívidas alas,
en medio de los vítores
de regicidas sombras,
alzó su vuelo desde los infiernos.

A nuestras costas el funesto vuelo
dirigiendo, el demonio
estos lises rompiendo, que cien veces
hollara con su planta, agotar quiso
de un solo golpe el resto lamentable
de una sangre que fuera, en buenos reyes,
en demasía fértil.

Largo tiempo, el obscuro
esbirro que él armó para su crimen
entretuvo sus ocios espantosos
en sus febriles sueños dando vueltas
en torno de su víctima.

Por fin permitió el cielo
que se cumplieran sus feroces ansias;
lloremos todos, pues el asesino
ha escogido por cómplice
de los placeres nuestros el tumulto.

¡El acero brilló!... Resuena un grito;
¡volad, guerreros, á las armas vuestras!
Ya está hecho. Sin voz, palideciendo,
acude la duquesa y, en su brazo
sosteniendo á Berry, le baña en lágrimas
y se inunda en su sangre.
Preparad ya su lecho mortuorio.
¿Queda alguna esperanza?

¡Ay!, un silencio lúgubre, en respuesta,
 á su mísero esposo ha condenado.
 Señora, en este instante tan horrible
 asistidle; del arte los crueles
 cuidados, más terribles han de hacerlos:
 sólo los vuestros han de hacerlo dulce.

Monarca de cabellos plateados,
 date prisa, urge el tiempo;
 un Borbón va á volver mientras expira
 al seno de sus padres;
 ven, corre hacia ese hijo
 que la esperanza de tu vejez era,
 pues que tus manos deben
 cerrar los ojos suyos.
 A su hija, á su amor arrebatada,
 ha bendecido él; proclama luego
 una noble renuncia
 de las pompas banales de su vida.
 Viviendo, perdonó sus males propios
 á la patria, y su último suspiro,
 digno del mismo Dios á quien implora,
 es todavía un grito de clemencia.

¡Sublime muerte! ¡Oh, lástima!
 Su grande alma mira
 y llora; eleva al cielo tus clamores
 ¡oh pueblo desolado!
 Lo has conocido demasiado poco;
 á su última hora,
 ha sido cuando el héroe revelóse.
 Para consuelo de la pobre viuda
 la huérfana traedle;
 dad su hija á Carolina,
 que la naturaleza
 conserva todavía sus derechos.

Pero cuando se eclipsa la esperanza
 de un tronco tan fecundo
 á la Francia, viuda de sus reyes,
 ¿quién podrá, en su terror, consuelo darle?

Al horrible relato,
 ¿qué gritos de expiación nuestros guerreros,
 por su valor famosos,
 van á lanzar? La Europa, que al ruido
 de sus nobles victorias retemblaba,
 temblará á su dolor. Mas tú, querida
 Vendée leal y noble,
 inundada de sangre tanto tiempo,
 tu pesar será estéril.
 Tú serás cual la madre extenuada
 que, sentada en su lecho, inconsolable
 llora porque su hijo ya no existe.

Hacia Saint-Denis pronto, desertando
 nuestras murallas, al ruido sordo
 de los clarines, pueblo,
 sacerdotes, soldados, lentamente
 rodeado de carros de combate,
 en cortejo afligido,
 seguiremos al carro funerario.
 Por manos temerarias
 hollado en otro tiempo,
 Saint-Denis, do dormían
 sus padres, presenció abundantes crímenes;
 ¡á lo menos pudieran,
 de tramas parricidas al abrigo
 debajo aquellos profanados muros,
 entre vacías tumbas,
 hallar paz y descanso sus cenizas!